

El Yo corporal: desafío docente y pastoral

The embodied self: Educational and Pastoral challenges

César Orlando Sánchez Rivera

Doctor en Teología Bíblica

Presbítero, Parroquia Inmaculada Concepción de Santa María Virgen

Universidad Católica de El Salvador, El Salvador

Email: cesar.sanchez@catolica.edu.sv

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2004-3836>

Fecha de recepción: 10-08-2022

Fecha de aceptación: 21-01-2023

Resumen

El materialismo práctico, mercantil y dialéctico que vivimos es un reduccionismo monista respecto al cuerpo humano; monismo que niega la dimensión espiritual de la persona humana, y deja - además, sin resolver - la complejidad y unidad del cuerpo y la persona. Estamos ante un reduccionismo antropológico que al separar el amor agápico de la sexualidad, como modo de ser de la persona humana, ha conducido a una devaluación de la persona misma, cuya dignidad ha sido subrayada por el Concilio Vaticano II mediante la antropología personalista, como respuesta eclesial a la secularización del cuerpo humano. Esto, después de medio siglo, sigue siendo un vacío pastoral y un vacío formativo para la educación universitaria, como respuesta de fondo al mundo actual.

Palabras clave: Persona, corporeidad, dualismo, monismo, amor, sexualidad, comunión.

Abstract

The practical, mercantile, and dialectical materialism that permeates our current society represents a monistic reductionism concerning the human body. This reductionist approach denies the spiritual dimension of the human person while leaving the complexity and unity of the body and person unresolved. Anthropologically, it is a reductionism that separates agapeic love from sexuality as fundamental aspects of human existence, leading to a devaluation of the person's dignity. The Second Vatican Council emphasized the personalistic anthropology as an ecclesial response to the secularization of the human body, yet after half a century, this remains a pastoral and formative void in university education, failing to address the contemporary world's underlying issues.

Keywords: Person, corporeality, dualism, monism, love, sexuality, communion.

1. Introducción

Una mirada al entorno docente y pastoral

La labor docente y la pastoral universitaria tiene frente a sí un cambio de época realmente desafiante en muchos aspectos, basta mencionar algunos: superar la depreciación de la corporeidad, el analfabetismo afectivo, el autismo digital, educar la voluntad, educar en el verdadero amor, etc. Temas todos íntimamente relacionados con la Antropología Personalista¹. Urge un diálogo universitario que revalorice las Ciencias Humanistas, los aportes teológicos y bíblicos, superando un cientificismo que reduce el misterio del ser humano a lo material y sin trascendencia; superando la dialéctica que se cierra al diálogo y a la diversidad de métodos sobre el conocimiento humano.

Ante la evidente separación del amor verdadero respecto a la sexualidad², que transmite información anticonceptiva sin referencia moral por medio de los planes de estudio estatal recibidos desde hace cuatro décadas, conviene abordar el tema de la corporeidad como un Yo corporal, participe de la misma dignidad de la persona humana. Sin esta relación unitaria personal, didácticamente, en lugar de educar integralmente al joven y a los niños, se queman etapas de su vida y se fragmenta aún más su naturaleza herida por el pecado. Los jóvenes necesitan saber integrar sus dimensiones somáticas, psíquicas y espirituales; autorrealizarse, autopoerse y autodomarse³.

2. Desarrollo

Valoración cristiana de la corporeidad

La columna vertebral de la Antropología personalista son los dos relatos del Génesis (1,26ss y 2,24ss) sobre la creación del ser humano. Génesis 1,26 afirma que el ser humano fue creado a imagen según la semejanza de Dios, creado como unidad de cuerpo y alma. “El hombre, por su misma condición corporal es una síntesis del universo material” (GS 14; cf. CEC 355, 327); pero lo supera por su dimensión trascendente, a la cual se accede por “la conciencia [...] que abre el camino al Yo a través de la subjetividad” (Burgos, 2013a, p. 132).

La biología y la genética actual⁴ refuerzan la afirmación cristiana que sostiene que, desde la fecundación ya hay persona humana; poseedora de una altísima dignidad (cf. GS 14) en la que intervienen tanto los padres⁵ como Dios, en cuanto infunde el alma intelectual a la persona con todas sus dimensiones, en el momento mismo de la fecundación.

La persona humana implica varias dimensiones: el cuerpo, la sensibilidad, la afectividad, la inteligencia, la libertad y el Yo como núcleo de la persona. Estas dimensiones, aunque poseen una relativa autonomía, no son separables. El dato revelado designa con el término corazón (cf. Mt 24,48; Lc 1,66; Jn 16,22) al Yo como núcleo de la persona; superando el significado fisiológico e indicando el interior del hombre,

1. El personalismo se aborda tanto en la Filosofía, la Teología y en la Sagrada Escritura. La antropología personalista es el punto de contacto y diálogo con las demás Ciencias Universitarias.

2. Baste remitir a los planes de estudio de Biología en sus diversas especialidades; Filosofía, Matemáticas, Derecho, Física, Astronomía, impartidos desde primaria, bachillerato y universidad. El cuerpo en sus varios sentidos se reduce a “lo físico, lo tangible, lo material, lo concreto o lo determinado” (Editorial etecé, s.f.). No obstante, lo que normalmente se refiere al cuerpo humano.

3. Propio de un Yo Personal que sabe dominar su inteligencia emocional, ser fuerte en las virtudes y valores.

4. Un organismo diploide independiente (nuevo, humano, programado); un todo o sistema de la madre, pero necesitado de ella. A partir de la fecundación, estamos ante un código genético (genoma humano) completo, necesario; pero no suficiente en cuanto genoma humano. No basta para afirmar que es una persona humana. Hace falta, también, afirmar que el embrión tiene metabolismo propio; proceso de nutrición, de salvaguarda de la energía, multiplicación celular, que dan paso a formación de órganos completos. Sistema inmunológico propio (no es el de la madre), no responde al entorno ni al ambiente; proceso de desarrollo ortogenético propio; tiene su propia finalización o direccionamiento del desarrollo: una teleonomía propia, palpable en cada tejido.\

5. Hombre y mujer así nacidos, como co creadores, comunican la herencia genética y el temperamento.

sede del entendimiento y de la voluntad; sede de la conciencia moral (Balz-Schneider, 1996, p. 2196). A su vez, estas dimensiones se pueden enmarcar dentro de las perfecciones cuerpo⁶, psique⁷ y espíritu (parte de la afectividad, capacidad intelectual, libertad, el Yo masculino y femenino). Estas dimensiones implican complejidad y unidad inseparable.

Lo que realmente existe es el ser personal; alguien corporal, el Yo corporal; una mediación psicofísica o psicomundana, el punto de contacto de la subjetividad con el cosmos; una dimensión somática poseedora de una componente subjetiva y personal (Marías, 1997, p. 135 y Vicente-Choza, p. 134).

El dato revelado afirma, además de la unidad de la persona humana⁸, que el cuerpo humano está herido por el pecado; es decir, experimenta la desintegración de sus dimensiones, pero también ofrece la solución a ese drama al afirmar que es santificado por la obra redentora de Jesucristo. Esto presenta dos fuertes dinamismos al que nadie es indiferente: el del propio egoísmo o de la carne y al dinamismo del Espíritu. Dos estilos de vida afirmados por el cristianismo: el hombre viejo y el hombre nuevo, como lo recoge la terminología neotestamentaria.

En virtud de la unidad cuerpo-alma, el cuerpo

del hombre participa de la dignidad de la «imagen de Dios» [...] precisamente porque está animado por el alma espiritual, y es toda la persona humana la que está desti-

nada a ser, en el Cuerpo de Cristo, el templo del Espíritu” (CEC 364). Como afirma el Concilio Vaticano II: El hombre «no debe, por tanto, despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día» (GS, 14; Lorda, 2016, p. 94).

Esta llamada eclesial implica una visión positiva de la corporeidad humana, pero requiere un acompañamiento universitario y pastoral.

La conciencia del Yo corporal

Es impactante la cantidad de afirmaciones que se han hecho, fuera del pensamiento cristiano, para negar la profunda unidad del cuerpo-alma; sin embargo, los mismos avances a nivel de la antropología personalista –como el tema de la conciencia–, ofrece indicios para afirmar que la separación de las dimensiones o perfecciones comporta la muerte de la persona humana⁹.

Burgos (2013b), antropologista personalista afirma:

Yo, persona, sujeto espiritual con conciencia de mí mismo, soy, al mismo tiempo e inseparablemente, una realidad corporal. El cuerpo forma parte de mi ser; no es una materia externa que utilizo o un instrumento que empleo para los fines que me interesan. El cuerpo soy yo, mis manos son yo; mi cerebro soy yo, aunque yo soy más que mis manos, mi cerebro o mis músculos. El

6. Implica fisiología, biología masculina y femenina.

7. Implica sensibilidad, tendencias, afectividad masculina y femenina.

8. Tal como la experimentamos todos, después de veinte siglos de reflexión cristiana filosófica y teológica.

9. Tal es el caso cuando se da alguna amputación; el miembro separado del cuerpo no es la persona, sino algo inorgánico-material que se corrompe.

cuerpo es mi dimensión orgánica-material, pero, por eso mismo, tiene una dimensión subjetiva y espiritual” (pp. 43-44).

Este pensamiento revela cómo la propia conciencia no solo ve como inseparable la dimensión orgánica de la espiritual, sino que también percibe la dimensión personal como culmen de la propia corporeidad¹⁰.

Otra cuestión insostenible es afirmar, a partir de la conciencia laxa, propia del post modernismo materialista y sin trascendencia, que las acciones realizadas por el propio cuerpo carecen de valoración moral; o pretender quitar del horizonte a Dios para vivir sin los límites de las normas morales.

A nivel cognitivo, el cuerpo humano ciertamente es la dimensión más externa de la persona, pero posee un componente subjetivo, inmaterial; el yo personal y misterioso. Burgos (2013c), sostiene:

El cuerpo no es ni una cosa, ni un instrumento al modo platónico; es el mismo hombre en su aparición externa, la frontera física de la persona, el horizonte entre el mundo material y el misterio del Yo personal. Por eso se le debe un respeto ya que es la epifanía de la persona. Tocando un cuerpo tocamos a la persona, acariciando un cuerpo acariciamos a la persona, despreciando un cuerpo despreciamos al hombre o a la mujer que son ese mismo cuerpo (pp. 44-45).

Esto se impone contra todo tipo de reduccionismo que pueda darse en la actualidad.

Sin esta valoración de la antropología personalista, el dinamismo egoísta del ser humano, sin respeto por la ley moral ni por la ley divina, tiende al reduccionismo monista de la actualidad, al materialismo práctico que subraya el cuerpo como algo o como un producto. La ideología de género apela al entorno cultural para negar la dimensión biológica, dada y evidente para todos; lo primero y más externo del conocimiento sobre la persona humana.

La relación cuerpo y alma

Históricamente, la relación cuerpo y persona, como una profunda unidad, sostenida por el pensamiento cristiano, ha oscilado fuera del ámbito cristiano entre dualismos y monismos¹¹, teniendo el común denominador de depreciar el cuerpo humano. En propiedad, los actos humanos no los puede realizar solo el cuerpo o solo la persona, sino que siempre se implican ambos.

Esta profunda unidad permite hablar de espíritu encarnado. El cuerpo “es la actuación del yo espiritual, su campo expresivo, su presencia y su lenguaje” (Lucas, 2016a, p. 179). Génesis 1,26 ofrece una visión positiva del cuerpo en íntima conexión con Mt 19,4.8: Jesucristo afirma la comunión conyugal del hombre y la mujer, donde el cuerpo

10. En la vida ordinaria, especialmente la mujer se rebela cuando se siente usada, reducida a un objeto; cuando ella realmente quiere ser amada en su totalidad, valorada y admirada por su persona, no por sus proporciones corpóreas.

11. El dualismo contraponen alma y cuerpo. El monismo acentúa solamente una de las dos dimensiones.

es equidistante de los dos extremos opuestos: del desprecio espiritualista-dualista y de la divinización materialista-vitalista. El cristianismo no desconoce la realidad del cuerpo humano; el hombre es imagen de Dios en la totalidad de su ser: como espíritu encarnado. El cuerpo, para el cristiano, es una realidad positiva” (Lucas, 2016b, p. 186).

Esta vertiente esperanzadora se ve apoyada por la obra redentora de Jesucristo, que integra eficazmente la corporeidad y la persona.

Mi cuerpo es mi modo de ser, como el espíritu también es mi modo de ser. Por tanto, tengo un cuerpo y soy mi cuerpo: **el Yo corporal**. De aquí se deriva la actividad moral humana, que

participa de la dignidad de la persona, de sus decisiones, de sus luchas y de su intangibilidad. Cualquier amenaza a la vida corporal es una amenaza a la persona. Tocar el cuerpo, golpearlo; significa golpear a la persona en su integridad... [por otra parte los] defectos del cuerpo, innatos o adquiridos, el estado psíquico, la salud o la enfermedad ejercen gran influencia en el desarrollo de las actividades personales y de tareas morales (Lucas, 2016c, p. 185).

Por tanto, es inseparable lo moral de lo corporal; así el poderoso influjo del cuerpo en las dimensiones psíquicas y espirituales del ser humano.

Los dualismos - desde Platón - han contrapuesto materia y espíritu, lo corporal y lo es-

piritual; los monismos, como el materialismo marxista, han subrayado alguna dimensión en detrimento de la otra. ¡Cuánto falta aún a la investigación antropológica!, en su triple vertiente: bíblica, teológica y filosófica, ahondar el personalismo en sinergia con otras ciencias sobre lo bioquímico, lo psíquico y lo espiritual, para ofrecer sólidos argumentos en favor de la persona humana.

A modo de ejemplo del dualismo¹², baste recordar que el platonismo en un primer momento fue asumido por el cristianismo debido a la inmortalidad del alma; pero al introducir cierto espiritualismo, caía en cierto desprecio de la corporeidad, del matrimonio y de la sexualidad humana. Esto condujo a girar hacia la vertiente aristotélica que subraya lo biológico y lo real, tal como es asumido en el siglo XIII por Santo Tomás de Aquino. Este giro, sin embargo, fue acertado pero insuficiente, pues ha requerido ahondar en el dinamismo interior como lo hizo el personalismo.

Los monistas, por su parte, al subrayar una dimensión sobre la otra, pretenden obviar la explicación satisfactoria tanto de la complejidad como de la unidad del cuerpo y de la persona. En los siglos de las ciencias experimentales y de la técnica han prevalecido los monismos materialistas, porque han hiper valorado el mundo físico-material. Las ciencias experimentales al pretender que el método científico

12. Otros dualismos lo ofrecen Descartes, Leibniz y Malebranche. No logran explicar ni la complejidad, ni la unidad del alma y del cuerpo, de la mente y del cuerpo.

era el único válido del conocimiento, dejaron de lado los saberes humanistas, como sucedió con el reduccionismo del conductismo en la psicología; con el biologicismo que reducía el hombre a biología; con el cientificismo y con el marxismo, que subrayaron lo material. Pero dejaron de lado la complejidad y trascendencia de la persona humana (cf. Burgos, 2013d, pp. 46-47). Aquí se encuentra otro punto de análisis muy actual de la vida universitaria en las últimas décadas de El Salvador, que permite entender el reduccionismo antropológico transmitido en los planes de estudio. Aquí se encuentra una fuerte razón para la creación de la Universidad Católica de El Salvador, para reivindicar el valor positivo de toda la persona humana; apoyada en las Ciencias Humanistas, como debería hacerlo cualquier otra Universidad que se precie de católica.

Históricamente, existe un punto de inflexión:

La irrupción de la posmodernidad, que ha remarcado la complejidad del hombre y la incapacidad de la razón de abarcar la riqueza de lo real, ha permitido superar el racionalismo cientificista de la modernidad y ha puesto en crisis a muchos materialismos teóricos. Hoy en día, sin embargo, y favorecido por las comodidades de la sociedad del bienestar, está muy extendido un materialismo práctico entendido como conducta de vida en la que la dimensión espiritual está debilitada o ausente (Burgos, 2013e, p. 47).

Se debe pensar en el fuerte autismo digital; en la media verdad de un encuentro virtual respecto al encuentro real interpersonal, y en el analfabetismo afectivo de los jóvenes.

Nuevamente, al gran desafío del diálogo entre Iglesia y Mundo, como lo afrontó el Concilio Vaticano II, pero desde la vertiente de la sinodalidad que hace posible ver a la Iglesia como lugar de encuentro, de apertura, de acogida, de unidad en la diversidad y de enriquecimiento recíproco. A nivel universitario, el escenario es incomparable, precisamente porque propone a la familia como lugar teológico y como destinataria de la labor académica, tanto para los docentes como para la pastoral universitaria.

El Magisterio eclesial propone la dimensión familiar de la Iglesia y la dimensión eclesial de la familia; pide interdisciplinariedad para acompañar los procesos formativos de la familia en sus diferentes situaciones; desde el pequeño número de hogares bien constituidos hasta la inmensa cantidad de familias heridas por muchas vicisitudes, provocadas por el egoísmo y la ignorancia humana, que deprecian la corporeidad humana.

La buena nueva sobre la corporeidad

El Verbo se encarnó para redimir del pecado y de la muerte al que conduce el dinamismo del hombre viejo. Jesucristo revela la verdad sobre el misterio personal e indica el camino para ser recreados en Él:

Jesús «cargó con nuestros pecados, llevándolos en su cuerpo» (1Pe 2,24), de tal forma que

el cuerpo de Cristo ha sido el instrumento de nuestra redención, cumplida de una vez para siempre, continúa en la Iglesia mediante los sacramentos, sobre todo el del cuerpo y sangre de Cristo, es decir, la eucaristía [...] El cuerpo, en su materialidad más radical, es decir, el correr de la sangre por las venas que lo vivifica, es el gozne de la salvación, hasta el punto de que «sin derramamiento de sangre no hay remisión» (Heb 9,22)” (Lucas, 2016d, pp. 181-182).

El cuerpo alcanza su dignidad sacramental muriendo voluntariamente a su egoísmo para experimentar la fuerza de la Resurrección, que corre por las venas; vivificando el cuerpo, devolviéndole su armonía en tensión hacia la plenitud.

Jesucristo enseña que el Yo corporal es sacramento de la persona, es la materia sacrificial del sacerdocio cristiano, que muriendo al hombre viejo se transfigura en hombre nuevo; movido por la fe y por la fuerza del amor agápico que construyen la comunión eclesial y social. El lenguaje sacramental de la persona se manifiesta en muchos aspectos corpóreos: rostro, belleza, el vestido, el tacto corporal, redimidos en comunión con Jesucristo.

El Yo corporal relacional: amor y sexualidad

El pensamiento cristiano afirma la relacionalidad del ser redimido en todas sus dimensiones: somática, psíquica y espiritual, armonizadas por la misma vida divina adquirida y alimentada por los sacramentos, la oración y la comunión eclesial. Afirmamos un amor agápi-

co, divino, oblativo, sólido; más efectivo que afectivo, que no prescinde del eros, sino que lo purifica; amor agápico que necesita aprenderse. Esto afirma, también, que la sexualidad como modo de ser personal es una energía relacional del hombre y de la mujer.

La imagen de Dios en el hombre de Génesis 1 indicaría “que Dios tenía la intención de establecer una relación personal de alianza con él (Eclo 17,12; 49,16; cf. también Sal 100,3)” (PCB¹³ n° 46). La alianza como relación aparece tanto en la llamada bautismal como en la llamada para que el hombre y la mujer establezcan una alianza conyugal, a través del sacramento del matrimonio.

“A imagen suya los creó: hombre y mujer los creó” (Gn 1,27). La corporeidad se especifica en dos modos de ser: hombre y mujer, dos modos de ver el mundo, diversos en su triple dimensión bio-psico-espiritual y complementarios; hechos para la comunión en su variada gama de relaciones: conyugal, paterno-filial, fraterna, familiar, eclesial y social.

Para la persona humana es esencial el hecho de que llega a ser ella misma solo a partir del otro; el “yo” llega a ser él mismo solo a partir del “tú” y del “vosotros”; está creado para el diálogo, para la comunión sincrónica y diacrónica. Y solo el encuentro con el “tú” y con el “nosotros” abre el “yo” a sí mismo (CEdC¹⁴, p. 37).

13. Entiéndase como Pontificia Comisión Bíblica.

14. Congregación para la Educación Católica.

Relacionalmente, el Papa Juan Pablo II¹⁵ definió la corporeidad como la concreción relacional de la persona, y el magisterio posterior habla de la sexualidad como una energía relacional. La transversalidad de la relacionalidad en el ser cristiano es innegable, porque el amor agápico es relacional, superando el individualismo del amor erótico en el que prevalece el egocentrismo y no se cuenta con Dios. Sin embargo, esto no significa secularización del amor, es decir, la separación del eros respecto al ágape en la persona humana, sino su integración y purificación; su elevación y santificación (cf. Papa Benedicto XVI; Cantalamessa).

La relación de comunión, válida para el matrimonio, para la familia y para el misterio mismo de la Iglesia, implica el amor oblativo como principio y fuerza que hace posible la unidad: exclusiva, fiel y total para los cónyuges; de amor y vida a nivel familiar; y de unidad en la diversidad a nivel eclesial. Esta comunión por su naturaleza relacional posee un movimiento centrífugo, que se irradia a las micro y macro relaciones de la comunidad eclesial y social.

Frente al dinamismo del egoísmo que ciega y ensordece para escuchar la llamada a la conversión a Dios, el hombre y la mujer necesitan asumir su energía relacional en su triple dimensión bio-psico-espiritual. Los cambios quirúrgicos biológicos y lo cultural sobre el carácter son accidentales a la propia persona; no ponen en crisis la propia identidad. Estos puntos son cruciales para responder a los problemas de identidad de nuestra juventud actual y para no caer en el biologicismo antropológico.

3. Conclusiones

En este punto de reflexión antropológica sobre el Yo corporal, conviene sacar, al menos, dos grandes áreas de atención conclusivas:

El desafío docente

El catedrático que se precie de ser parte de una Universidad católica requiere una formación sólida sobre la Antropología personalista; saber aplicar al campo docente los grandes fundamentos del pensamiento cristiano: la profunda unidad del cuerpo y de la persona, el Yo corporal, con todas las implicaciones que esto comporta en defensa de la vida y de la dignidad de la persona humana, superando los dualismos y monismos aún vigentes para otras instituciones universitarias de El Salvador.

Por rigor científico establecer un diálogo entre las ciencias experimentales, ciencias humanistas y ciencias teológicas; sabiendo discernir las fuentes del pensamiento cristiano de aquellas que prescinden del aporte cristiano o que dialécticamente son contrarias. Urge ofrecer al mundo actual la validez, el atractivo de la verdad y la profundidad del pensamiento cristiano, así como los caminos de solución a los grandes desafíos del reduccionismo antropológico que se viven.

Establecer puentes con la pastoral universitaria que integre la interdisciplinariedad en el acompañamiento del analfabetismo afectivo, la educación de la voluntad, la educación en la castidad, la educación para el

15. Véanse las ricas catequesis sobre la corporeidad de comienzos de su pontificado.

matrimonio y la vida familiar; entre otros aspectos que repercuten directamente en el alumnado universitario.

El desafío pastoral

La pastoral universitaria debe ser más audaz para difundir la Antropología personalista, la bioética y otras pastorales muy actuales como los medios de comunicación social en la misión evangelizadora de la Iglesia, que pide escuchar, acoger, discernir e integrar todo lo que es bueno y acorde con la recta razón.

- **Frente al individualismo líquido imperante:** Difundir con mayor rigor científico y pastoral la dignidad de la persona humana, en su profunda unidad bio-psico espiritual; así como su dimensión relacional de comunión vertical y horizontal, de diálogo y de cultura del encuentro.
- **Frente al analfabetismo afectivo y reducción del cuerpo humano a un objeto:** Educar la sexualidad y la afectividad significa aprender la verdad del cuerpo en su masculinidad y feminidad; cuidar y respetar el propio cuerpo, valorar la sacramentalidad y la riqueza del débito conyugal.
- **Frente al autismo digital:** Educar en el uso de los medios digitales a todos los miembros de la familia, evitar el aislamiento, la falta de comunicación y la falta de encuentro interpersonal.
- **Frente a la deconstrucción de la familia:** Educar para asumir la familia como comunidad de vida y amor fundada sobre

la alianza conyugal del hombre y la mujer (GS 14), como sociedad natural precedente al orden sociopolítico del Estado.

La Iglesia debe establecer lugares sinodales para el diálogo con las ciencias de hoy: Mesas redondas con especialistas; Foros digitales, periódicos que ofrezcan insumos para la investigación universitaria; Semanas Teológicas donde se cuente con aportes interdisciplinarios sobre los temas antropológicos antes mencionados; Difusión de revistas creadas por cada Facultad, crear un Instituto de Bioética, entre otros.

Sin duda, los grandes temas de hoy son antropológicos; es prioritaria la pastoral familiar universitaria incluyente y con una fuerte dosis de misericordia, precisamente porque se vive una época de profundas heridas existenciales en los jóvenes, íntimamente vinculados a su entorno familiar, eclesial y social.

Esto repercute directamente en su proceso formativo universitario.

Se requiere contar con un Centro de Orientación Familiar (COF) que promueva y dé asistencia a las distintas problemáticas docentes, estudiantiles y de personal. Este acompañamiento aparece íntimamente vinculado al fuero interno donde se cura espiritual y sacramentalmente.

4. Referencias

- Balz, H. y Schneider, G. (1996). *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*, Salamanca.
- Benedicto XVI (2005). *Deus Caritas Est*, Roma
- Bof, S. G. (1977). *Il soma quale principio della sessualità in Paolo*, en *Bibbia e Oriente*, 19, 69-76.77-80.
- Burgos, J. M. (2013). *Antropología: una guía para la existencia cristiana*, Madrid.
- Cantalamessa, R. (1976). *Etica sessuale e matrimonio nel cristianesimo delle origini. Bilancio di una ricerca*, en *Etica sessuale e matrimonio nel cristianesimo delle origini a cura di Raniero Cantalamessa*, Milano, 423-460.
- Cantalamessa, R. (2020). *Qué clase de amor Jesús espera de nosotros*. <https://youtu.be/xaJILazcDvs>.
- Cochini, Ch. (1994). *La legge del celibato sacerdotale nella chiesa latina. Compendio storico in Celibato e Magisterio*, Torino, 33-103.
- Concilio Vaticano II (1965). *Gaudium et Spes*, Roma.
- Congregación para la Educación Católica (2019). *Varón y Mujer los creó*, Vaticano.
- Cugno, A. (1983). *Réflexions sur le corps. Désir, mort et parole*, en *Le corps et le corps du Christ dans I Co*, en *LeDiv* 114, París, 205-223.
- Editorial etecé (s.f.). *Concepto Cuerpo*. <https://concepto.de/cuerpo/#ixzz7eLy4v9VZ>
- Guillet, J. (1983). *Le corps et le sacrement*, en *Le corps et le corps du Christ dans I Co*, en *LeDiv* 114, París, 283.
- Gundry, R. H. (1975). *Sôma in Biblical theology with emphasis on Pauline Anthropology*, Cambridge, 244.
- Juan Pablo II (1997). *Catecismo Iglesia Católica*, Roma.
- Juan Pablo II (2003). *Hombre y Mujer los Creó*, Roma.
- Lorda, J. L. (2016). *Antropología Teológica*. Pamplona.
- Lucas-Lucas, R. (2016). *Explícame la Persona*, México.
- Mariás, J. (1997). *Persona*, Alianza, Madrid.
- Pontificia Comisión Bíblica. (2014). *Inspiración y Verdad de la Sagrada Escritura*, Roma.
- Rupnik, M. I. (2016). *Jubileo de la Curia Romana: Meditación*. <https://youtu.be/3tsca8zJ-FQ>, Roma.

Rupnik, M. I. (2016). *Ronda de preguntas*. <https://youtu.be/3XVh6yV8iTk>, Madrid.

Teani, M. (1994). *Corporeità e risurrezione . L'interpretazione di 1 Corinti 15,35-49 nel Novecento*, [Tesis doctoral, Pontificia Universidad Gregoriana publicada en Neapoli].

Vattioni, E. (1969). *Il matrimonio nel Nuovo Testamento, en Populus Dei*, Studi in onore del Card. A. Ottaviani, Roma, 4, 1115-1162.

Vicente, J. y J. Choza, J. (1995). *Filosofía del hombre. Una antropología de la intimidad*, Rialp, Madrid.